

partir de entonces, esta ruta es casi la única seguida para ir á la India, á la Australia y al extremo Oriente.

CAPÍTULO VII.

IMPERIO INGLÉS DE LAS INDIAS. REVOLUCIONES Y GUERRAS EN EL EXTREMO ORIENTE.

Los holandeses, los rusos, los ingleses y los franceses son los pueblos que más se han distinguido en los últimos tiempos por sus establecimientos en aquellas lejanas regiones. Las Indias neerlandesas, que comprenden en Oceanía las principales islas de la Malasia, duplican hoy los recursos de Holanda y compensan su inferioridad continental. Inglaterra ha visto sus inmensas posesiones de la India amenazadas en la guerra de los cipayos, pero esta rebelión no sirvió más que para consolidar su imperio, puesto que la obligó á realizar mejoras que fueron en definitiva ventajosas para sus colonias. Además, la Gran Bretaña unió sus buques con los de Francia para ir á defender en China los derechos sacrosantos de la religión y de la humanidad, y obtener concesiones de que han participado otras naciones. Los franceses se han establecido en Conchinchina sentando las bases de una colonia que parece prometer grandes bienes. Los dominios franceses en África se han extendido y han mejorado, y esta nación ha llegado á ser la segunda potencia colonial. Por lo demás, las colonias no son hoy simples factorías industriales y mercantiles, pues desde que la esclavitud ha dejado de existir, oficialmente á lo menos, ninguna potencia europea puede extender su influencia por el mundo si no hace realizar en torno suyo grandes progresos á la civilización.

§ I. — *De la India. De las Indias neerlandesas y de las inglesas.*

Prosperidad de las colonias holandesas. — Holanda cuenta apenas unos cuatro millones de habitantes desde que se le separó Bélgica, y su importancia consiste sólo en que posee grandes colonias. Es cierto que en África no le quedan sino algunos establecimientos en la costa de Guinea, y que en América conserva no más que algunas Antillas menores con partes de la Guayana; pero en cambio posee magníficos restos del vasto imperio que fundaron en Asia,

siguiendo á los portugueses, y una vez que terminó la dominación española en las Países Bajos.

La India neerlandesa comprende hoy todas las posesiones de Holanda que se extienden al sudeste de Asia. Estas posesiones están limitadas al norte por el golfo de Bengala, el estrecho de Malacca, los mares de China y de las Célebes, el estrecho de las Molucas y el mar de Java; al este por el Grande Océano; al sur y al oeste por el mar de las Indias. Comprenden Java y las islas adyacentes, que en conjunto representan nueve millones de habitantes, y los grupos de Sumatra, de Borneo, de las Célebes, de Sumatra y de las Molucas, en cada uno de los cuales tienen las factorías holandesas cerca de un millón de habitantes.

El gobierno se considera en las colonias como un propietario del suelo, convirtiéndose en agricultor y comerciante, haciendo trabajar á los indígenas y vendiendo los productos á los particulares. Los antiguos jefes del país son vasallos; pero lejos de abusar de su poder el Estado muestra la más viva solicitud por las poblaciones que se encuentran colocadas bajo su dependencia. Multiplica las escuelas en cuanto puede, y trata de ilustrar y moralizar á los indígenas, suministrándoles la cultura que les falta.

Aunque el número de europeos residentes en estas colonias es relativamente mínimo, en ellos reina casi siempre completa tranquilidad. El ejército de tierra no sube en la India neerlandesa sino á unos 21.000 hombres, reclutados casi todos entre los indígenas. La marina necesaria en las colonias holandesas, se compone de 20 navíos servidos por 2.600 marinos.

Holanda no saca gran partido de sus establecimientos en África y América, pero las Indias neerlandesas alcanzaron en pequeño período maravillosa prosperidad, sin embargo de lo cual atraviesan hoy una grave crisis, que obliga á la metrópoli á gastar dinero en sostener las colonias. Pero hace años no fué así, y Java, que desde 1825, se encuentra dividida en veinte

residencias, ha visto cuadruplicar sus producciones. En 1850, se elevaba á 434.093 el número de familias indígenas ocupadas exclusivamente en el cultivo del café, cuya producción anual se elevaba á 50 millones de kilogramos; 165.092 cultivaban el azúcar; 181.329 se consagraban al indigo. Entonces se exportaban 100 millones de kilogramos de arroz y se producían en gran abundancia dátiles, granados, higos, limones, cacao, todas especias, vainilla, cochinilla, etc.

Como los holandeses aclimataban en aquellas regiones la mayor parte de los animales domésticos europeos, la fertilidad del suelo les permitió multiplicarlos indefinidamente, de tal modo que hoy tienen á su servicio inmensa multitud de búfalos, de bueyes y de caballos. En 1853, descubrieron ricas minas de carbón, que á los pocos años les daban un producto de 16 millones.

Sus establecimientos en Borneo, en las Molucas y en las Célebes se encuentran también disfrutando de mucha prosperidad; de modo que Holanda, como Inglaterra, saca de sus colonias lo principal de su riqueza.

Prosperidad de las colonias inglesas. — Desde que la independencia de los Estados Unidos ha privado á la Gran Bretaña de sus más hermosas posesiones de América, el centro del poderío colonial de aquella nación es Asia. La India inglesa presenta por sí sola extensión tan considerable como toda la Europa continental, sin incluir Rusia. Este inmenso imperio, que no ha cesado de crecer hasta la rebelión de los cipayos, ocurrida en 1857, comprende una población de 250 millones de habitantes. Este país es muy rico en cereales, frutas, arroz, maíz, algodón, azúcar, añil, azafrán, especias, plantas tintóreas y adoríferas. Posee bosques inmensos de cocoteras, palo santo, ébanos, palmeras; minas de oro, de plata, de cobre, de estaño y zinc, y piedras preciosas en gran número. Los diamantes de Bengala pasan por los más hermosos del mundo.

Estas inmensas posesiones se hallaban antes de estos últimos acontecimientos, bajo la dirección de la compañía de las Indias. El tribunal de propietarios, en la asamblea general de accionistas de la compañía, nombraba el *tribunal de los directores*, encargado de la administración de sus asuntos, y el gobierno no intervenía más que en la oficina de inspección, establecida para cuidar de las operaciones.

En 1833, el parlamento adquirió el activo de la antigua compañía, garantizando á los accionistas una renta anual de 10 por 100 del capital comprometido. Estas rentas tuvieron como garantía el impuesto territorial, el monopolio del opio y de la sal y en las aduanas. Á partir de este momento, la compañía, convertida en institución de Estado, no trató más que de engrandecerse, á fin de abrir al comercio nuevos mercados, sin preocuparse de la mejora de la administración interior.

Los ingleses dejaban á los indígenas, en sus posesiones inmediatas, las leyes, la religión, los jefes y usos administrativos que les eran propios; lo único que se reservaban era la dirección de la hacienda, de la policía y del poder judicial, esto es, querían quedar en posición de ganar mucho, con el orden y la tranquilidad indispensables para sus propósitos. En las posesiones mediatas han conservado á los príncipes indígenas; pero en las cortes de dichos príncipes hay residentes que son en realidad los dueños del poder.

El ejército se componía de unos 290.000 hombres, de ellos 30.000 de tropas inglesas, llamadas reales, 20.000 soldados europeos reclutados por la compañía en las diversas naciones, y 240.000 indígenas, entre los cuales figuraban los cipayos. Estos últimos contaban una quinta parte de musulmanes y cuatro quintas de indostánicos. Tienen como uniforme casaca encarnada, pantalón azul y cuello bordado con cuentas blancas. Los cipayos fueron los únicos que tomaron parte en la insurrección militar de 1857.

Rebelión de los cipayos (1857-1858). — Se ha acusado á los rusos de haber sido instigadores de esta insurrección, y en rigor no es inverisímil que, hallándose las fuerzas británicas detenidas ante Sebastopol, aprovechara el emperador Nicolás, su único rival en Oriente, las circunstancias tan favorables que se le presentaban para quebrantar el poderío inglés en el Ganges. Al efecto, se hablaba á los indios de las pérdidas que los ingleses realizaban en Crimea, y se les hacía comprender que aquel era el momento favorable para tratar de sacudir el yugo extranjero.

Por otra parte, también se explotaba, para excitar á los musulmanes, una antigua leyenda, según la cual no debía durar sino un siglo la dominación inglesa en la India. Como la batalla de Plassey, que se consideraba punto de partida de su establecimiento era de 1757, asignábase el de 1857, para término del período fatal. El pretexto ú ocasión del levantamiento fué un hecho puramente religioso.

Habíanse dado á los cipayos cartuchos untados de grasa, y como el musulmán aborrece la de puerco y los brahmines la de vaca ambos grupos de soldados tomaron la cosa á insulto dirigido contra sus creencias. Circuló la voz de que se alentaba la apostasía, y empezó la conspiración, consistiendo el signo de los conjurados en unos pastelillos misteriosos en que estaba grabada una flor de loto.

La India inglesa estaba dividida en cuatro grandes presidencias, las de Agra, de Bengala, Bombay y Madrás. Si la insurrección hubiera sido general, habría acabado con el poderío inglés en aquellas regiones; pero hallándose dividida en multitud de pequeños pueblos, unos enemigos de otros, los celos y envidias recíprocas no les permiten renirse, ni siquiera contra el invasor extranjero. La revolución se limitó á las presidencias de Agra y de Bengala.

Los regimientos de cipayos no se hallaban de guarnición en las ciudades, sino que estaban establecidos

en los campos ó estacionados de distancia en distancia. El movimiento empezó en la estación de Meerut, entre Agra y Delhi, que ejercía su acción en las provincias del noroeste. Tres de los regimientos rebeldes se dirigieron sobre Delhi, el arsenal militar más importante de las posesiones inglesas, proclamando allí *rey de la India* al heredero nominal del gran Mogol. Les había sido tanto más fácil apoderarse de aquella ciudad, cuanto que, sólo la guarnecían tropas indígenas. Los insurrectos mataron á los cristianos y saquearon los establecimientos públicos y privados. En Caunpore, Ihansi, Papinot, Bareilly y en las localidades donde el ejército de Bengala formaba la guarnición ocurrieron matanzas análogas.

El rey de Delhi dirigió una proclama á los pueblos de la India (25 agosto 1857) para excitarlos á exterminar á los ingleses. En ella recordaba á cada clase social los motivos de queja que tenía contra la dominación extranjera y les hacía las más brillantes promesas en caso de triunfo. Sus palabras excitaron hasta el frenesí el fanatismo de los rebeldes, y su horror contra los ingleses los llevó á actos de crueldad que hacen estremecerse de horror. En Caunpore, Nana Sahib, apellidado *el tigre de Bithoor*, hizo encerrar dentro de una casucha ciento veinte mujeres inglesas con sus hijos, y después de prodigarles toda clase de insultos y de ultrajes, mandó cortar en trozos sus cadáveres y arrojarlos en un pozo que acabó de llenar con tierra.

Este acto de barbarie despertó la indignación de la India inglesa. El gobernador del Pendjab, Sir Juan Lawrence, sacó mucho partido del odio y el desprecio de los seikhs y de los ghoorkas contra los cipayos, y mandó estos indígenas á reforzar el ejército inglés. El soberano del Nepaul mandó también un contingente de montañeses, y estos diferentes socorros permitieron la victoria británica. Lawrence, en la brillante defensa de Lucknow y el general Hawlock, que

ha merecido en testimonio de gratitud una estatua en las plazas de Londres, tenían tropas compuestas en su mitad de indígenas. Hawlock murió de disentería cuando marchaba triunfante sobre Delhi. Esta ciudad fué recuperada por las fuerzas británicas el 13 de septiembre de 1857. Sir Colin Campbell, que puso término á la guerra en el año siguiente, se encontraba al fin de la campaña con 50.000 soldados, de los cuales sólo 20.000 eran europeos.

Posición de los ingleses en la India posteriormente á la guerra de los cipayos. —

Esta revolución tuvo como primer resultado, el de someter la India inglesa al gobierno directo de la metrópoli. La antigua compañía de las Indias fué suprimida por los mismos torjes, y hubo un ministro encargado exclusivamente de los asuntos de la India. Al lado de este ministro se creó un consejo de administración compuesto de quince miembros, ocho de ellos nombrados por el gobierno y siete por sus demás colegas. Los consejeros reciben treinta mil francos y deben reunir las mismas condiciones de edad y servicios que los antiguos candidatos al tribunal de los directores; pero sólo tienen voto consultivo y cuando el ministro preside su consejo, puede no aceptar su parecer. El ministro es quien nombra el gobernador general y los jefes de las presidencias: gracias á estos funcionarios, dispone de todos los puestos políticos.

El ejército de las Indias fué abolido en 1860 y actualmente sólo existen tropas reales. En 1861 se suprimieron las barreras que separaban á los indígenas de los ingleses, permitiendo el acceso de aquéllos á los puestos públicos. Hasta el consejo de la India les quedó abierto; en 1862 se presentaron tres indostánicos en Calcuta á tomar asiento junto á los principales dignatarios de la administración inglesa.

El reproche que los indígenas pueden dirigir con motivo contra los ingleses es que han causado la ruina de la India como país industrial, para hacer de ella

una región productora de materias de gran comercio. El labrador indostánico está agobiado por un impuesto muy superior á lo que debería ser dado el producto de la tierra, y de ahí resultan horribles padecimientos para las clases inferiores.

La insurrección de los cipayos no sirvió, por lo mismo que fué vencida, más que para consolidar el poderío de los ingleses en la India. Al tomar en sus manos la dirección de los negocios, el gobierno efectuó grandes mejoras. El presupuesto de la India, que presentaba cada año un déficit, no tardó en dejar sobrante. La industria de caminos de hierro tomó gran desarrollo y durante la guerra de América, la producción de algodón dejó extraordinarios beneficios. Sin embargo, estas mejoras materiales son casi la única cosa que preocupa á los hombres de Estados británicos, los cuales comprenden sin duda cuán enormes serían las dificultades necesarias de vencer para iniciar en los principios de la religión cristiana á tantos millones de indostánicos.

Guerra de los ingleses contra la Persia.

— Antes de la rebelión de los cipayos, Persia había obligado á Inglaterra á que le declarase la guerra. Aquella nación quería conservar su neutralidad durante la campaña de Crimea, por más que su posición era difícil con los rusos al norte y los ingleses al sur. En el fondo, veía con gusto la derrota de los rusos; pero no se atrevía á tomar las armas contra ellos por miedo á lo que pudiera ocurrir más tarde. Más bien se dejó arrastrar por las excitaciones de los rusos contra los ingleses y quiso crear toda clase de dificultades al representante de Inglaterra en Teherán; pero éste se marchó con toda la legación en 6 de diciembre de 1855, rompiendo las relaciones diplomáticas.

La guerra no se declaró por éste; pero como el soberano de Persia, Mohammed Mirza no respetara la independencia del reino de Herat, y enviase tropas contra esta ciudad, la compañía de las Indias no pudo

tolerar aquella violación de los anteriores convenios, y recurrió á las armas. El 10 de diciembre de 1856, sus tropas se apoderaron de la isla de Karak y del puerto de Buchir, en el golfo Pérsico, puntos que servían como depósito principal al comercio entre la India y Persia. El 8 de Febrero de 1857, los ingleses obtuvieron una nueva victoria sobre los persas, cerca de Buchir, y poco después eran dueños de Mohammerah, sobre el Chat-el-Arab.

Por entonces empezaron en París negociaciones entre el embajador inglés lord Cowley y Ferruk-Khan, que lo era de Persia. Gracias á la intervención amistosa de Napoleón III, se acabó por firmar un tratado, de paz el 4 de marzo de 1857, en la capital de Francia. Este convenio, ratificado en Teherán un mes y diez días más tarde, proclamaba de nuevo la independencia de Herat y de todo Afghanistan respecto de Persia.

§ II. — De China.

Los rusos en el Extremo Oriente. — Mientras que la Rusia de Europa trataba de extenderse hacia el oeste, arrebatando á Turquía sus posesiones, la Rusia de Asia se engrandecía por la parte del este, procurando monopolizar el comercio entero de Oriente. Desde hacía más de un siglo, esta era la única nación europea que tenía relaciones seguidas y regulares con China; en Pekín residía un embajador moscovita, y los misioneros de la iglesia griega podían hacer propaganda y profesar su culto; finalmente entre el gobierno del czar y el celeste Imperio se habían establecido las más ventajosas relaciones comerciales.

Hasta 1852, no había más que un mercado para este comercio, el de Kiachta; después se abrió otro en Semipolatinsk, que corresponde directamente por el Irtych con Tobolsk, capital de la Siberia occidental.

En 1858, los chinos hicieron á Rusia nuevas concesiones. El almirante Putiakín obtuvo, por medio de un tratado tolerancia completa para el cristianismo

en el Celeste Imperio y libertad completa para que los rusos provistos de pasaportes viajaran por el interior de China. El gobernador de Siberia, general Murawief, firmó otro convenio por el cual los moscovitas quedaban dueños del valle que recorre el río Amur, y dueños de esta corriente, hasta el confluente del Usurí, uno de los afluentes por la parte de la derecha, se hallaron en comunicación con la Dauria china y la Mandchuria, regiones sumamente fértiles.

Como otras concesiones los hicieron señores de las costas que se extienden al sur de la desembocadura del río Saghalián, pudieron consagrarse á la pesca en la Mancha de Tarakai, que tiene mucho pescado. En estas costas han encontrado además posiciones estratégicas muy ventajosas, como la ciudad de Nicolaieff, que se alza en la desembocadura del río que acabamos de mencionar. Esta posición les ha ofrecido muchísimos más recursos que la de Petropolauk, destruída en 1853 por las escuadras reunidas de Francia y de Inglaterra.

De este modo, paso á paso, y con invencible constancia, Rusia ha ido extendiendo sus dominios por el Asia oriental y central; ya por las negociaciones, como en Persia, ya por las armas, como con China y las sultanías del Asia central, el gobierno de San Petersburgo ha llegado á ser el principal partícipe en el continente de donde salió el género humano para poblar todo el globo terrestre.

Alianza franco-inglesa contra China. — Después de la guerra del opio, los chinos habían tratado primero con los ingleses y luego con los franceses y con los representantes de los Estados Unidos, comprometiéndose á otorgar libertad completa para el ejercicio del culto católico en todo el imperio. Tao-Kwang, firmante de estos tratados, había muerto en 1850. Su hijo, Y-Ching, declaró que no haría ninguna nueva concesión y procuró anular las anteriores. Los misioneros católicos fueron molestados desde el prin-

cipio de su gobierno, y la suerte de los cristianos fué hecha más precaria aún por efecto de una formidable insurrección que estalló en las provincias del sud-oeste.

Inglaterra y Francia, libres de la guerra de Crimea, resolvieron ir á defender en Oriente los intereses del comercio, de la religión y del progreso. Los Estados Unidos, cuyos intereses comerciales eran muy grandes en China, se unieron á aquellas potencias, y en septiembre de 1856 se presentaron en Hong-Kong en Macao, en Changai y en la desembocadura del río de Cantón varios navíos de aquellas naciones.

El virrey de Cantón persistió en prohibir la entrada de esta ciudad á los europeos, á pesar del tratado de 1842, y entonces el almirante Seymour atacó cuatro fuertes entre Whampra y Cantón, y empezó en 28 de octubre el bombardeo del barrio de Cantón donde residía el virrey. Los anglo-franceses se apoderaron al fin de la ciudad; el virrey fué hecho prisionero y mandado á Calcutta, donde murió poco tiempo después.

Toma de Pekín por una expedición anglo-francesa. — Este rápido y severo castigo fué origen de interminables negociaciones, por lo cual, lord Elgin, jefe de los ingleses, y el barón Gros, que mandaba las tropas francesas, resolvieron ir á buscar la paz ante los baluartes de Pekín si era necesario. Avanzaron, pues, hacia el norte, hasta el golfo de Petcheli, y pidieron que se les hiciera entrega de las dos fortalezas que se encuentran en la desembocadura del río Pei-Ho. Los oficiales chinos que las mandaban se negaron á ello; fué, pues, preciso tomarlas, después de lo cual, los europeos se prepararon á subir por el río hasta Pekín.

En Tien-Tsin encontraron á unos embajadores chinos, que acudían á proponer la paz. Estos embajadores empezaron por firmar un tratado con Rusia, concediéndole toda la margen izquierda del Saghaliano. Después se entendieron con Inglaterra y con Francia, comprometiéndose á dejar que los cristianos ejercieran libremente su culto en toda China, cedieron á los

ingleses nuevos puertos en las islas Formosa y Hainán, y consintieron en pagar una indemnización de 6 millones de pesos (junio 1858).

Con esto se creyó terminada la guerra; pero se contaba sin la insigne mala fe de los chinos. Un año más tarde, los plenipotenciarios de las potencias, que iban á ratificar los tratados, hallaron cegada la desembocadura del Pei Po. El almirante inglés Hope quiso forzar el paso; pero su escuadrilla fué rechazada con grandes pérdidas. Los ingleses perdieron cerca de 500 hombres; el destacamento francés, compuesto sólo de 60 hombres, tuvo 4 muertos y 10 heridos (junio 1859).

Catorce meses más tarde (20 agosto 1860) se presentó delante de Takú una escuadra anglo-francesa, en el punto mismo donde los ingleses habían sido víctimas de la violación del tratado de Tien-Tsin. El ejército británico, mandado por Sir Hope Grant, se elevaba á 23.000 hombres; los franceses eran 12.000, á las órdenes del general Cousin de Montaubán. Como había sido preciso dejar mucha gente en el camino, ya para ocupar la isla de Chusán, en la provincia de Tché-Kiang, ya para proteger el punto de desembarco, ya por causa de enfermedades, ocurrió que los aliados no contaban más que con unos 20.000 hombres, para atacar un imperio inmenso, cuya población es de más de 400 millones de almas, y que tiene para su defensa un ejército de millón y medio de hombres.

Sin embargo, los aliados tomaron los fuertes de Takú, donde se hallaban atrincherados 70.000 hombres. Los chinos entablaron negociaciones para hacer la paz; lord Elgin y el barón Gros, que habían sido encargados de seguir al ejército anglo francés para obtener la ratificación de los tratados, se dirigieron á Tien-Tsin. No tardaron en ver que eran objeto de indigna burla y entonces declararon que los ejércitos aliados avanzarían hasta Tong-Tcheú, importante ciudad situada á cuatro leguas de Pekín, y que únicamente allí esguirían las negociaciones.

Ante este lenguaje resuelto y sobre todo, ante los estragos causados por los europeos, los chinos cedieron, conviniéndose entonces que las tropas anglo-francesas se acuartelarian en los alrededores de Tong-Tcheú. Ya se creía todo terminado cuando, al llegar los europeos cerca de la ciudad, se presentó de pronto una nube de tártaros, más de 40.000, que los atacaron de improviso. Su número no impidió que fueran derrotados en menos de una hora. Al mismo tiempo, varios oficiales ingleses y franceses, que habían tomado ya alojamiento en los alrededores fueron prendidos contra lo prescrito por el derecho de gentes. El gobierno chino no era extraño á este infame atentado.

Los aliados, llenos de indignación, marcharon contra Pekín, encontrando en Palikao un ejército de 60.000 tártaros, de ellos 30.000 de caballería, atrincherados detrás de un canal que era preciso atravesar bajo el fuego de numerosa artillería. El general de Montaubán tomó muy bien sus disposiciones, de acuerdo con el inglés Grant, y después de un combate de cinco horas, un puñado de europeos hizo desbandarse un innumerable ejército chino (21 sept. 1860).

Dos días después, el hermano segundo del emperador, el príncipe Kong, consternado por tan gran derrota, pidió que se tratara. Los europeos empezaron por exigir la libertad de los prisioneros; sólo fueron devueltos unos cuantos, después de haber sido objeto de los más bárbaros tratos. Los suplicios de los demás causaban horror. Ya entonces se era dueño del palacio de verano del emperador, en el cual se habían encontrado inmensas riquezas. Los ingleses exasperados lo incendiaron, atemorizando así á los chinos, que no creían posible que hubiera en el mundo potencia capaz de destruir aquel edificio sagrado.

Ya se estaban estableciendo delante de Pekín las baterías de sitio, cuando el príncipe Kong consintió en nombre del emperador su hermano, en atender las re-

clamaciones europeas y á canjear las ratificaciones de los tratados de Tien-Tsin. El 24 de octubre se firmó el tratado inglés en el palacio del tribunal de los ritos, con el más pomposo ceremonial, y al día siguiente se firmó un convenio con los franceses. El barón Gros atravesó las calles de Pekín, en un palanquín, escoltado por 2000 hombres de todas armas, y precedido por tres estandartes. Lord Elgin se presentó rodeado de aparato análogo en la misma capital del Celeste Imperio, cuyo suelo estaba considerado como inviolable por la superstición popular.

El ejército aliado llevó el 28 al cementerio católico los restos de los franceses que habían sido inmolados en la emboscada de Tong-Tcheú. La antigua catedral de Pekín, saqueada hacía ya veinte años, y que estaba derruida, fué devuelta al culto católico. El obispo de Petcheli celebró en ella misa y la cruz reapareció en la cúpula de la desdichada basílica.

Las tropas francesas salieron de Pekín el 1.º de noviembre; una parte de ellas permaneció en Tien-Tsin, mientras se pagaban las indemnizaciones convenidas. Cuando se recibieron las primeras sumas, no se conservó más que Shangai. Habiendo muerto el emperador Hien-Fung el 22 de agosto de 1861, el príncipe Kong, firmante de los últimos tratados, se encargó de la regencia de China, que gobernaba en nombre de su sobrino, Ki-Thiang, por entonces de edad de nueve años. Éste se mostraba animado de las mejores intenciones respecto de los anglo-franceses; quienes le han prestado por demás grandes servicios en la guerra que tuvo que sostener contra los feroces Tai-Pings. En efecto, les ayudaron á disciplinar sus tropas y el príncipe Kong se mostró tan favorable á la libertad de conciencia, que no vaciló en condecorar con el botón azul con franja de oro á un misionero católico, por haber servido de intérprete á un cuerpo de tropas chinas, mandado por oficiales ingleses y franceses. El obispo de Cantón bendijo una iglesia católica de esta

ciudad, en presencia de las autoridades chinas y de los representantes de las grandes potencias de Europa. Si los asiáticos no fueran tan falsos y versátiles, la fe podría esperar brillante porvenir en el Extremo Oriente.

Tentativa de las diversas potencias para abrir el Japón. — Lord Elgin y el barón Gros aprovecharon su embajada en China para mejorar los tratados firmados precedentemente con el Japón. En 1851, sólo los holandeses se hallaban en relación con este imperio, y aun debemos añadir que no poseían más que un islote muy reducido cerca de Nangasaki; pero esta posición era para ellos muy importante por efecto de su comercio con Batavia.

Entonces los Estados Unidos trataron de penetrar en el Japón, y firmaron con el *taicún* ó soberano temporal el tratado que les abría los puertos de Simoda y de Hakotada. No es posible tratar los negocios más que con el *taicún*; el *mikado*, ó soberano espiritual, no ha tenido nunca relaciones con los extranjeros.

Las demás potencias solicitaron análogas ventajas y, en efecto, se firmaron tratados parecidos con Inglaterra y Holanda en 1854 y 1855. Nangasaki y Hokotada fueron abiertos á los ingleses; pero estos tratados que habían sido hechos apresuradamente sin que los negociados conocieran suficientemente el asunto, necesitaban ser revisados y completados. Lord Elgin y el barón Gros, conocedores del gran efecto producido en el Japón por la expedición anglo francesa contra China, creyeron que las circunstancias eran favorables para obtener mejores condiciones. Así fué que se presentaron con varios navíos de guerra en el puerto de Yedo, y firmaron con el *taicún* unos tratados que en sustancia consignan lo siguiente: facultad para mantener una misión diplomática en Yedo y cónsules en los puertos abiertos al comercio extranjero; reconocimiento de la jurisdicción consular; admisión de las monedas extranjeras, calculadas al mismo tipo que

las japonesas de igual clase, dado el mismo peso; supresión del impuesto de tonelada y de tránsito; reducción á 5 por 100 de los derechos de exportación, que eran de 35 por 100 *ad valorem*; libre culto para los europeos; libertad de edificar iglesias y capillas y construir cementerios en los sitios designados; facultad para los franceses, ingleses, rusos y demás europeos de establecerse en los puertos de Hakotada, Kanagawa, Hiogo y Nangasaki. Los extranjeros podían también, á partir de 1.º de enero de 1862, establecerse en Yedo y Osaca.

El *taicún* es muy favorable á los europeos y principalmente á los franceses. En 1861 mandó el Japón á Europa una embajada, que fué recibida solemnemente por Napoleón III en las Tullerías el 13 de abril 1862. Los orientales parecieron interesarse vivamente por París y por las costumbres, artes é industrias occidentales. De París pasaron á Londres y la Haya, visitando después las grandes capitales de las naciones con quienes tienen relaciones.

Los daimíos, especie de barones feudales, son los únicos enemigos que los europeos tienen en el Japón; estos personajes excitan contra ellos al *mikado* y al populacho, habiendo suscitado en ocasiones dificultades graves, sobre todo á los ingleses. Pero éstos, que han sabido triunfar del feudalismo indostánico, no tuvieron que luchar mucho para anular al japonés. El Japón ha entrado completamente en las vías de la civilización occidental, adoptando nuestros usos, leyes, sistema político, y hasta nuestra manera de vestirnos.

Conquista por Francia de la baja Cochinchina. — Para sacar partido de los tratados que firmara con China, Francia necesitaba posesiones en extremo Oriente. La mala fe del emperador de Annam le proporcionó ocasión de adquirirlas. El número de cristianos había aumentado considerablemente en aquella parte de Asia; Tu-Duc que reinaba en

aquellas regiones, reanudó contra ellos las antiguas persecuciones. Un obispo español fué martirizado en 1857 y entonces España se unió con Francia para proteger á los cristianos y á los misioneros, y reclamar en favor suyo la tolerancia prometida por los antiguos tratados. Tu-Duc no quiso aceptar aquellas reclamaciones, y entonces se envió contra su imperio una escuadra, al mando del vicealmirante francés de Rigault de Genouilly.

La escuadra se presentó en la bahía de Turana el 1.º de sept. de 1858 y se apoderó de Saigón. No contando el almirante con fuerzas suficientes para atacar á Hué, capital del imperio, se limitó á conservar las posiciones adquiridas. La guerra de China fué un derivativo de esta expedición, por lo cual permaneció tres años en la defensiva, que causaron grandes estragos entre los europeos.

Á principios de 1862, tres mil franceses y doscientos españoles llegaron al Annam, á las órdenes del almirante Charner. Empezóse por atacar los fuertes que rodeaban á Saigón; los de Ki-Hoa y los trabajos que protegían el río fueron tomados después de encarnizada lucha. Los annamitas se habían retirado á Mytho, sobre el Cambodge, concentrando allí todas sus fuerzas, que fué preciso atacar de nuevo. El almirante Charner volvió á subir por el río, destruyó todos los obstáculos y se apoderó de la población de Mytho, en abril de 1862.

Su sucesor fué el contraalmirante Bonard, que primeramente se dirigió sobre Bien Hoa, para librar de annamitas el norte de la colonia. Después de haberse apoderado de esta ciudad, se echó hacia la parte de Cambodge y tomó por asalto el fuerte de Vinlong, después de siete horas de combate. Dueños los franceses de los ríos que era preciso subir para transportar el arroz á Hué, Tu-Duc tuvo que hacer la paz, que se firmó en 5 de junio de 1862.

El emperador de Annam cedió por este tratado á

Francia en toda propiedad las provincias de Saigón, de Bien Hoa y de Mytho, comprometiéndose á cesar las persecuciones contra los cristianos y misioneros, y á dejarles libertad para el ejercicio de su culto. Al mismo tiempo abrió tres puertos del Tonkín al comercio, y prometió pagar una indemnización por gastos de guerra.

Por efecto de este tratado alcanzó Francia posesión muy importante en los mares de China, que ha mejorado aun más con la conquista del Tonkín.

El gobierno del emperador quería devolver á Francia, con estas expediciones lejanas, su poderío colonial. Antes de las expediciones de China y de Annam, el contraalmirante Febvier Despointes tomó posesión en nombre de Francia de la isla de Nueva-Caledonia, en Oceanía. Esta isla posee un excelente puerto en Balada; está cubierta de inmensos bosques, y ofrece muchos recursos metalúrgicos.

Las posesiones francesas en África aumentaban también cada día. La sumisión de las kabilas, en la campaña de 1857, dió término á la conquista de Argelia. El mariscal Randón penetró con sus soldados hasta los sitios más inaccesibles, y estableció puestos y rutas militares que aseguraban la posesión de los nuevos territorios.

Inglaterra, Francia, Alemania y Portugal principalmente se han repartido en los últimos años casi toda África.

CAPÍTULO VIII.

CAÍDA DEL SEGUNDO IMPERIO. CONSTITUCIÓN DE 1875.

El emperador Napoleón III había soñado constantemente en anexionar á Francia las orillas del Rin. Este soberano había causado ya profunda herida á los tratados de 1815 con la guerra de Italia y la fundación de este nuevo Estado á expensas de